

ENTRE PERPEJIDADES Y ANGUSTIAS. NOTAS PARA PENSAR LAS CIENCIAS SOCIALES LATINOAMERICANAS¹

Waldo Ansaldi²

RESUMEN

El artículo es, en rigor, una propuesta de cuestión a investigar: una sociología histórica de las ciencias sociales latinoamericanas que, en una perspectiva de larga duración, recupere la extensa etapa protocientífica (o estudios sociales de primera generación), básicamente ensayística, pero generadora de dos legados que las ciencias sociales institucionalizadas y profesionalizadas (desde mediados del siglo XX) asumieron y potenciaron: la vocación por el cambio social, es decir, la interacción entre conocimiento y política, y la constitución de redes (personales en el primer caso, institucionales, en el segundo). El proceso de constitución de las ciencias sociales latinoamericanas, se sostiene, debe analizarse teniendo en cuenta la estrecha relación con las sucesivas coyunturas internacionales, especialmente a partir de la segunda posguerra,

1 En este artículo retomo y reproduzco, parcialmente y con modificaciones y añadidos, secciones de Ansaldi, 1991

Recibido: 30 de Junio de 2014/

2 WALDO ANSALDI es argentino, nacido en 1943, formalmente Licenciado y Doctor en Historia por la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina), aunque su campo de trabajo, en docencia e investigación, es la sociología histórica de América Latina.

coyunturas que permiten explicar mejor la cambiante agenda de problemas abordados por los científicos sociales -básicamente desde una perspectiva de pensamiento crítico- a lo largo de los últimos setenta años. Así, por caso, los debates sobre el carácter feudal o capitalista de la colonización, los estudios de situaciones de dependencia, el Estado y la democracia. Estas cuatro grandes cuestiones derivan, de algún modo, de las críticas a la teoría de modernización, tan importante en los inicios de la institucionalización. Para el análisis de ésta, asimismo, debe tenerse en cuenta el primordial papel desempeñado por tres organismos internacionales -CEPAL, FLACSO y CLACSO- y por los centros académicos independientes. Se enfatiza el carácter innovador de nuestras ciencias sociales, particularmente durante las décadas de 1960 y 1970, el cual se diluyó a partir de fines o mediados de los años 1980, cuando se produjo un retorno a prácticas caracterizadas por el colonialismo cultural. Empero, en los últimos años se está gestando un proceso de retorno a pensar América Latina desde América Latina, proceso que abre la perspectiva de un rico debate.

PALABRAS CLAVE

sociología histórica, proceso de constitución - sociales latinoamericanas, pensamiento crítico.

RESUMO

O artigo é, a rigor, uma proposta de questão a investigar: a sociologia histórica das ciências sociais latino-americanas que, em uma perspectiva a longo prazo, recupere a extensa

fase protocientífica (ou estudos sociais de primeira geração), basicamente ensaística, mas que acabou gerando dois legados que as ciências sociais institucionalizadas e profissionalizadas, em meados do século XX, assumiram e reforçaram: a vocação para a mudança social, ou seja, a interação entre conhecimento e política, e o networking (pessoal, no primeiro caso, e institucional, no segundo). O processo de formação das ciências sociais latino-americanas, argumenta-se, deve ser considerado tendo em conta a estreita relação mediante sucessivas articulações internacionais, especialmente desde a Segunda Guerra Mundial. Tais articulações permitem explicar melhor a variante agenda de questões abordadas pelos cientistas sociais - basicamente, a partir da perspectiva de pensamento crítico ao longo dos últimos 70 anos. Assim, por exemplo, as discussões sobre o caráter feudal ou capitalista da colonização estudam situações de dependência, do Estado e da democracia. Estas quatro grandes questões derivam de alguma forma, das críticas à teoria da modernização, tão importante no início da institucionalização. Para esta análise também deve ser observado o papel fundamental desempenhado por três organizações internacionais -ECLAC, FLACSO e CLACSO- e pelos centros acadêmicos independentes. O caráter inovador de nossas ciências sociais são enfatizados, principalmente durante os anos 1960 e 1970, que foi diluída a partir de finais ou meados dos anos 1980, quando houve um retorno a práticas caracterizadas pelo colonialismo cultural. No entanto, nos últimos anos se tem feito um processo de volta para a

América Latina pensada pela América Latina, tal processo expõe a possibilidade de um debate mais profundo.

PALAVRAS CHAVE

sociologia histórica, processo de constituição,

ABSTRACT

The article is, strictly speaking, a proposed research question: a historical sociology of Latin American social sciences, in a long term perspective, recall the vast stage of the social studies of first generation basically essays, but generating two legacies that institutionalized and professionalized social sciences (from mid-twentieth century) assumed and reinforced: the vocation for social change, the interaction between knowledge and policy, network building (personal in the first case, institutional, in the second). The process of formation of Latin American social sciences should be analyzed taking into account the close relationship between the successive international situation, especially since the Second World War, joints that allow better explain the changing list of problems approached by social scientists from basically perspectives critical thinking over the last seventy years. So, for instance, the discussions on the feudal or capitalist nature of colonization, studies of dependency situations, the state, and democracy. These four major issues arise, somehow criticism of modernization theory, so important in the early institutionalization. For this analysis, it should also be noted the key role played by three international agencies -CEPAL, FLACSO, and

CLACSO- and independent academic centers. The innovative nature of our social sciences is emphasized, particularly during the 1960s and 1970s, which was diluted from mid or late 1980s, when there was a return to practices characterized cultural colonialism. However, in recent years it is developing a process to think back to Latin America from Latin America, a process that opens up the prospect of a rich discussion.

KEYWORDS

historical sociology, constitution process, Latin American social

“Estamos viviendo una encrucijada en la que la historia se acelera y produce confusión. Tal es el signo de la actualidad de la cultura. Con utopías debilitadas, ambigüedades ideológicas, hay confusión intelectual. Hay una descomposición de las ilusiones sobre un mundo mejor y América Latina no es sino la confirmación -sin duda, transitoria - del fracaso de la modernidad. Las ciencias sociales no pueden sino reflejar - como siempre lo han pretendido- esa realidad”.
Edelberto Torres-Rivas.

Algunos antecedentes (más o menos jibarizados)

Hay un consenso generalizado en admitir que las ciencias sociales latinoamericanas se institucionalizaron y profesionalizaron hacia la mitad del siglo XX. Digo institucionalizaron y profesionalizaron, puesto que ellas se constituyeron décadas antes, como tales y diferenciadas de lo que suele denominarse

pensamiento social latinoamericano, típico del siglo XIX.

Ese pensamiento se produjo preferentemente mediante razonamientos desarrollados a partir del pensamiento europeo, más o menos adaptado a las peculiares condiciones de América Latina, peculiaridad por lo demás que no dejó de ser advertida (pues no todo fue copia en esta materia). Muy especialmente, estos nuevos saberes fueron perceptibles, ya a fines del siglo XIX, en el campo de la enseñanza universitaria. En efecto, las ciencias sociales en América Latina fueron, inicialmente, objeto de enseñanza y estudio, en particular en los ámbitos de las Facultades de Derecho y de Filosofía y Letras (o Humanidades) y con un carácter complementario de la curricula de los estudios profesionales centrales de unas y otras, manifiestamente en las primeras de ellas y probablemente como parte de la formación y de la capacitación para el ejercicio del poder, una situación muy característica de las universidades latinoamericanas en el periodo de la construcción y consolidación de los Estados, en particular bajo la forma de una acción estatal hacia la sociedad.

A los efectos de este artículo, entenderé por ciencias sociales al conjunto de disciplinas integrado básicamente por Antropología, Ciencia Política, Economía, Demografía, Historiografía (y sus varias derivas) y Sociología. Todas ellas aparecieron en diferentes momentos de nuestra historia y lo hicieron, casi siempre -como había ocurrido con el pensamiento social decimonónico- en estrecha relación

con la política y, a veces (manifiestamente en el caso de la Historiografía, instrumento decisivo para la construcción de imaginarios sociales, representaciones colectivas y exaltación del orden triunfante), con las clases dominantes, es decir, el poder y el Estado. Empero, en el siglo XX aparecieron corrientes historiográficas manifiestamente críticas, tanto de las interpretaciones de la historiografía oficial cuanto del poder mismo. Lo mismo puede decirse de la Economía, sobre todo cuando dejó de ser Economía Política. Contrastantemente, la Sociología -en contrapartida con procesos de otras partes del mundo, donde por el poder para legitimar la dominación- “nunca fue un instrumento del poder” (Briceño-León y Sonntag, 1998, p. 13).

Aunque la Historiografía se institucionalizó rápidamente en las Academias Nacionales de Historia, casi siempre *pari passu* el proceso de construcción de los Estados, su enseñanza como disciplina profesional se estableció mucho más tarde, en las Facultades de Filosofía (y Humanidades y/o Letras). La Sociología apareció tempranamente en América Latina: la primera cátedra latinoamericana de la disciplina comenzó su enseñanza en 1882, en la Universidad Nacional de Colombia, en Bogotá. En 1898 -el mismo año de establecimiento de la primera en España, en la por entonces Universidad Central de Madrid- se creó otra en la Universidad de Buenos Aires, mientras en Asunción lo fue en 1900. En Argentina, la segunda cátedra de Sociología, en la Universidad de Córdoba, data de 1907, año en la que también fue incluida, como materia básica, en el plan de estudios

de la Escuela de Leyes, en México DF. En 1915 lo fue en Montevideo, en la Universidad de la República. En Brasil, la enseñanza de la Sociología data de los años 1930, década ésta en la que se creó, en São Paulo, la revista *Sociología* (1939).

En 1930 fue creado el Instituto de Investigaciones Sociológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México (IISUNAM) y en 1939 la *Revista Mexicana de Sociología*, uno y otra todavía existentes, con una historia prestigiosa. En 1940 se organizó, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, el Instituto de Sociología (el actual Instituto de Investigaciones Gino Germani). En 1946 inició sus actividades el Instituto de Investigaciones Sociológicas de la Universidad de Chile (en Santiago), refundado, dado su escaso éxito inicial, en 1951

Los estudios de la Ciencia de la Política como parte de una carrera de grado profesional fueron institucionalizados también tardíamente, hacia mediados del siglo XX. Incluso la propia materia Ciencia Política, como parte del *pensum* de otras carreras universitarias fue de introducción tardía. Así, por caso, en Uruguay, las primeras cátedras se establecieron en la Universidad de la República en 1957 (en la Facultad de Derecho) y en 1966 (en la de Ciencias Económicas), mientras el Instituto fue establecido recién entre 1985 y 1989. Chile aventajó apenas al país rioplatense: 1954 fue el año de creación del Instituto de Ciencias Políticas y Administrativas, en la Universidad de Chile, al cual siguió, con el mismo nombre, el de la Universidad de

Concepción, en 1957. Empero, Chile contó, entre 1966 y 1973, con el importante papel de la Escuela Latinoamericana de Ciencia Política y Administración Pública (ELACP), que era parte de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), institución ésta fundada en 1957. La ELACP contó con financiamiento del Banco Interamericano de Desarrollo (BID).

Empero, Argentina tiene la condición de país pionero en cuanto a la enseñanza universitaria en Ciencia de la Política. En efecto, en 1927, en la por entonces sede Rosario de la Universidad Nacional del Litoral (sede que en 1968 se transformó en Universidad Nacional de Rosario, quedando la denominación original para la sede Santa Fe), se creó el Doctorado en Ciencias Políticas, el primero en América Latina. En 1929, la misma Universidad estatuyó la Licenciatura en Ciencias Políticas. Uno y otra tuvieron sede en la Facultad de Ciencias Económicas, Comerciales y Políticas. Al establecerse la Universidad rosarina, los estudios de Ciencia Política y Diplomacia devinieron en Escuela Superior de Ciencia Política y Relaciones Internacionales y pasaron a la nueva Facultad de Derecho y Ciencia Política, de la que se desprendió en 1973 para convertirse, a su vez, en Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, que ha devenido en un notable centro de reflexión y en escenario, cada dos años, de un congreso sobre la democracia -cuya undécima edición tendrá lugar este año- que constituye el más significativo disciplinario.

Incluso antes de la creación de los estudios en Rosario, comenzó, en 1910, la publicación de

la Revista Argentina de Ciencia Política. Su existencia se prolongó hasta 1928 y durante su primer lustro fue espacio fundamental para discusión sobre la reforma política, uno de cuyos componentes fundamentales -pero no el único- fue el establecimiento, en 1912, de la ciudadanía universal masculina ejercida mediante sufragio secreto y obligatorio (la llamada Ley Sáenz Peña, por el presidente de la República que la impulsó).

Al igual que en las otras ciencias sociales, la mayoría de los cultores de las ciencias sociales -particularmente en los casos de Ciencia de la Política, Historiografía y Sociología- estuvo integrada por abogados, y las Facultades de Derecho eran sedes frecuente de los estudios sociológicos y políticos. De hecho, algunos de quienes de entre ellos practicaban la llamada sociología de abogados (dominante durante los 1930 y 1950) fueron los fundadores de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), institución todavía existente, aunque claramente constituida en una red de sociólogos científicos. Se trataba de una sociología no profesional practicada por hombres preocupados por las realidades en las cuales vivían, particularmente la rural, expresada básicamente bajo la forma del ensayo. Fue, asimismo, “una variante de la respuesta del positivismo a la realidad latinoamericana”, enfocada ésta con una lente europeizante, si bien hubo un sector preocupado “por dar cuenta del pueblo” y que enfatizaba “la singularidad latinoamericana” (Briceño-León y Sonntag, 1998, p. 15).

Los abogados también fueron importantes en

la promoción de los estudios de la política. Los que enseñaban Historia del Derecho, Derecho Político o Derecho Constitucional desempeñaron un papel significativo, siendo los de las dos últimas notables en materia de lo que luego conoceremos como Ciencia Política.

En el campo de las teorías, en los inicios, en la bisagra de los siglos XIX y XX, fue notoria la influencia del positivismo en el pensamiento social y político. En no pocos casos, además, la temprana articulación entre las perspectivas historiográficas y sociológicas.

La mora generalizada de la investigación científico social en relación a su enseñanza -más allá de los evidentes casos tempranos constatables en las historias nacionales- comenzó la búsqueda de superación al promediar el siglo XX. Ya es lugar común fechar en ese momento el comienzo del desarrollo de las ciencias sociales latinoamericanas, tanto en materia de investigación, cuanto en la de profesionalización e institucionalización. Pero, como bien ha marcado Heinz Sonntag (1988, p. 77 y ss.), afirmar que ésa es la fecha de “nacimiento de un pensamiento social propio” es una afirmación históricamente falsa, que olvidaría un movimiento largo en esa dirección, en el que hay peculiaridades, intentos de búsqueda respuestas originales a los problemas planteados por las sociedades latinoamericanas postcoloniales. En procesos históricos con continuidades y rupturas, una preocupación apareció tempranamente entre los primeros pensadores del siglo XIX: el cambio social.

Ronny J. Viales Hurtado inicia su excelente trabajo sobre la influencia de la sociología latinoamericana en la historiografía recordando que algunos de los sociólogos de la etapa de profesionalización, como Aldo Solari, Rolando Franco y Joel Jurkowitz, propusieron tres etapas en el desarrollo de la primera de estas disciplinas: la primera, muy larga, fue la “los pensadores” (circa las primeras décadas poscoloniales hasta la segunda posguerra; Viales Hurtado la llama sociología de primera generación, más próxima a la reflexión crítica que a la investigación “científica”); la segunda fue la de los intentos de sistematización y renovación disciplinarias, y la tercera (que llegaba hasta mediados de los años 1970, cuando escribieron los autores citados) correspondió a la sociología crítica (Viales Hurtado, 2006, p. 129).

De modo que no deben confundirse los dos planos: uno, el del largo complejo, ambiguo proceso constitutivo de un pensamiento social latinoamericano, en el que jugaron un papel importante diversos intelectuales políticos, ensayistas; otro, el de la profesionalización e institucionalización de las disciplinas científico-sociales y de su práctica por personal especialmente formado y entrenado para ella.

Aquí interesa sólo el segundo de esos planos, que empezó a dibujarse -aunque haya trazos anteriores- en tiempos de la segunda posguerra mundial, en los cuales se asistió a una profunda transformación de las ciencias a nivel planetario. Como nunca antes, la historia del mundo dio un salto fenomenal para tornarse plena, estrictamente mundial: todo cuanto significativo

acontece en cualquier lugar de éste, más rápida que tardíamente, incide sobre el resto. Y lo que ocurre en el mundo después 1945 es una constelación de fenómenos y procesos con una aceleración y magnitud sin parangón, en todos los campos de la actividad humana, más acelerado aún desde finales del siglo XX con los formidables desarrollos de la informática y la robótica.

Las líneas precedentes no persiguen ni siquiera una versión jibarizada del recorrido de las ciencias sociales en América Latina antes de su institucionalización y profesionalización a mediados del siglo XX. Tan sólo quieren llamar la atención sobre la necesidad de tener en cuenta la etapa precedente -que algunos llaman pre-científica, y otros proto-científica, expresiones que no siempre se ajustan a la realidad-, rica en algunos nudos que serán luego característicos de nuestro campo. Uno de ellos es el de la vinculación estrecha entre conocimiento de la sociedad -con mayor o menor rigurosidad en cuanto a metodología y técnicas de investigación- y política, relación que fue adquiriendo crecientemente un sesgo crítico del orden y del poder establecidos. Otro, más claramente desarrollado en la segunda etapa, es el de la tendencia a hibridación disciplinar e incluso teorías. En ese sentido, las ciencias sociales latinoamericanas han tenido una notable perspectiva historicista en los análisis de las sociedades, particularmente notorias en los casos de la Economía y la Sociología.

La institucionalización y la profesionalización de las ciencias sociales, he dicho ya, se produjeron

en América Latina en un contexto histórico, el de la segunda posguerra, marcado por la puesta en la agenda de un mundo crecientemente planetario -donde todo lo que acontece en cualquier lugar, más rápida que tardíamente, incide sobre el resto (proceso que a fines del siglo se volverá prácticamente instantáneo- de una constelación de fenómenos y procesos con una aceleración y magnitud sin parangón, tanto en el terreno de la política y lo societal, cuanto en el de la tecnología y sus aplicaciones. Algunos de esos procesos, como la descolonización africana, migraciones de población entre países y en el interior de éstos, la creciente tendencia a las concentraciones urbanas en megalópolis, el papel dominante de los Estados Unidos y la Unión Soviética, la cuestión del desarrollo económico, el uso pacífico de la energía atómica (y también el peligro latente de su empleo bélico, con resultados catastróficos para la humanidad, de donde la idea del “equilibrio de terror”)), la construcción de nuevos órdenes sociales y políticos -para citar sólo, y de un modo desordenado, unos pocos de ellos- impactan profundamente en las ciencias sociales, obligándolas a cambios sustantivos de métodos, técnicas, categorías, enfoques... En esos planos, la constitución de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UN’ESCO) contribuyó significativamente a la internacionalización del debate científico-social.

En ese contexto de la segunda posguerra mundial, América Latina se encontraba en una coyuntura signada por el agotamiento de las respuestas que durante las décadas de 1930 y

1940 se llevaron adelante para superar la crisis de 1929, cuyos efectos, tras la recomposición del capitalismo en los países centrales, fueron atenuados por la guerra mundial. Fue el final de ésta, precisamente, el que terminó con las ilusiones y desnudó la debilidad estructural de las economías de la región, todas ellas dependientes del centro capitalista. Al concluir la década de 1950, ellas mostraban, en general, claros indicadores de estancamiento, cuando no de regresión. La inestabilidad política y social, otra vez con pocas excepciones (México, Costa Rica, Uruguay) campeó por la región. El fin de las experiencias comúnmente denominadas populistas, como el peronismo argentino y el varguismo brasileño, abrió cauces a crisis político-sociales renuentes a toda solución más o menos consolidada, relativamente permanente o continua. La conjunción de crisis económica y crisis política puso en primer plano de evidencia una conclusión elemental, fuertemente resistida por los sectores tradicionalmente dominantes en la región: los desequilibrios económico-sociales generaron problemas políticos, colocando a las tensiones en un primer plano, problemas y tensiones irresolubles con los tradicionales mecanismos de ejercicio de poder. Clases sociales dominantes acostumbradas a tratar la cuestión social como una cuestión policial, se encontraron entonces en una encrucijada de más difícil resolución. Si la efímera ilusión de bonanza de la guerra y la posguerra inicial acabó cuando el centro capitalista se recompuso -y esta recuperación desnudó las falencias y debilidades de las economías dependientes-, simultáneamente se hicieron sentir los efectos

de tal recomposición económica -por ejemplo la deuda externa (si bien todavía lejos de los estragos de la década de 1980), las balanzas de comercio y de pagos deficitarios, la importación de insumos industriales, el crédito externo, etc.-- y de la no menos decisiva recomposición política, caracterizada por el afianzamiento de la hegemonía norteamericana y la universalización de la guerra fría.

Las vías de salida de la encrucijada no fueron iguales. En dos países largamente sujetos a dominación oligárquica se intentó mediante la revolución burguesa, triunfante en Bolivia y derrotada en Guatemala. Casi simultáneamente, dos de los países más grandes optaron por aplicar la panacea del desarrollo capitalista, es decir, el llamado desarrollismo. Esta corriente propugnaba una transformación amplia de la economía, procurando equilibrar tanto la agricultura y la industria, cuanto los polos desarrollados y los marginales, todo ello (y sus efectos) dentro de la matriz societal existente, sin transformarla radicalmente. Ese fue el camino elegido por los gobiernos de Juscelino Kubistchek (1955-1960), en Brasil, y Arturo Frondizi (1958-1962), en Argentina. La experiencia fue más exitosa en el primero de estos dos países, que políticamente salió mejor de la experiencia populista.

Antes de que se agotara, al no poder vencer los límites y las resistencias al cambio estructural dentro del capitalismo (el de su ampliación y profundización) la experiencia desarrollista encontró resistencias fuertes de las clases y sectores sociales tradicionales, sobre todo

agrarios, más vinculadas al modelo primario exportador. Adicionalmente, y contra toda previsión más o menos fundada, se sumó el formidable antagonismo generado a partir del triunfo de la Revolución Cubana (1959), un verdadero parteaguas en la historia de la región.

Es en este contexto que comenzó, en la década de 1950, a pensarse en un modo diferente el conjunto de problemas y de soluciones necesarias, tan brutalmente puesto de relieve por ese entramado de agotamiento del modelo de industrialización por sustitución de importaciones, insurgencia social (sobre todo campesina), la recomposición del capitalismo mundial y la guerra fría, con su secuela de anticomunismo y dictadores militares autocráticos, algunos -como Anastasio Somoza y Rafael Trujillo- instalados desde la década de 1930. Es en ese contexto, precisamente, donde apareció, a fines de los años cuarenta, la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), tan estrechamente vinculada intelectualmente al economista argentino Raúl Prebisch, cuya obra, amén de original, fue la primera aproximación explicativa, desde el pensamiento económico crítico (en este caso proveniente de una de las vertientes no marxistas), del funcionamiento de la economía de la región (la periferia del sistema capitalista mundial) y de los resultados a los que llevó el crecimiento desigual de ella. En las dos décadas siguientes otras dos instituciones internacionales fueron creadas: la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Las tres fueron decisivas para la institucionalización de nuestras disciplinas en la región.

Paralelamente -y en algunos casos, incluso antes- la institucionalización y la profesionalización de las ciencias sociales se dio en las universidades. Y no puede dejar de señalarse un tercer artífice: los centros extrauniversitarios independientes o, según la terminología creada por Alicia Barrios y José Joaquín Brunner, centros académicos independientes (CAI), generalizados durante las dictaduras institucionales de las Fuerzas Armadas en las décadas de 1960, 1970 y 1980). Algunos de ellos, todavía hoy existentes, se fundaron *pari passu* el proceso que reseño y han desempeñado y desempeñan un papel fundamental, siendo instituciones de alto prestigio académico. Fueron pioneros el Instituto Di Tella, en Buenos Aires, y el Centro Latinoamericano de Economía Humana (CLAEH), en Montevideo, fundados ambos en 1958. Antes de ellos, la creación de El Colegio de México, en 1940 -sobre la base de la breve experiencia (1930-1940) de La Casa de España en México, obra de un grupo de intelectuales españoles republicanos exiliados-, marcó el inicio de una institución peculiar, de características bien distintas a los CAI, toda vez que resultó de la iniciativa convergentes de sus fundadores, quienes le dieron, justamente, su peculiaridad: el gobierno federal, el Banco de México, la Universidad Nacional Autónoma de México y la editorial Fondo de Cultura Económica. El Colegio de México ha sido y es una institución pública (autónoma desde 1998), a diferencia de los CAI, que son privados. En este sentido, tal vez el antecedente más pertinente sea el del Colegio Libre de Estudios Superiores (CLES), creado en Buenos Aires en 1931 (con posteriores sedes en ciudades del interior del

país), como una forma de resistencia cultural a la dictadura del general José Félix Uriburu. Persistió durante tres décadas: en julio de 1952, bajo el gobierno de Juan Domingo Perón, la Oficina de Reuniones Públicas de la Policía Federal suspendió sus cursos. Sólo las sedes Rosario y Bahía Blanca pudieron continuar sus actividades. El CLES constituye un antecedente especialmente importante, por su carácter de centro de resistencia cultural de intelectuales perseguidos políticamente por una dictadura.

A la hora de buscar antecedentes, dentro de la etapa previa a la institucionalización de las ciencias sociales, no pueden dejar de señalarse los casos, entre otros, de la Universidad Popular González Prada, creada en 1921 por Víctor Raúl Haya de la Torre, en Perú, el Centro de Estudios Sociales Juan B. Justo (Buenos Aires, 1935) y la Universidad Popular Alejandro Korn (La Plata, 1937), ambas en Argentina, ligadas al Partido Socialista, organización que, tempranamente, en 1899, había creado la Sociedad Luz, una especie de Universidad del Pueblo o Popular, todavía hoy existente y que desde 2003 cuenta con el Profesorado en Historia Social Alfredo L. Palacios. Todas estas instituciones, surgidas en el ámbito de la sociedad civil, tenían connotación política partidaria explícita.

No es del caso ocuparse aquí de estos antecedentes. Retorno a los CAI, modalidad particularmente extendida sesenta, década en la cual aparecieron varios de ellos: Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES), Buenos Aires (1960), Centro de Estudios Educativos

(CEE), México D.F., 1963; Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos (CPES), Asunción, 1964; Instituto de Estudios Peruanos (IEP), Lima, 1964; Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo (DESCO), Lima, 1965; Centro de Investigación y Desarrollo de la Educación (CIDE, dependiente de la Compañía de Jesús), Santiago, 1965; Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales (CICSO), Buenos Aires, 1967; Departamento de Ciencias Sociales de la Fundación Bariloche, San Carlos de Bariloche, 1968; Instituto Universitario de Pesquisas de Rio de Janeiro (IUPERJ), Rio de Janeiro, 1968; Centro Brasileiro de Análise e Planejamento (CEBRAP), Sao Paulo, 1969, para citar sólo algunos. En general se trata de instituciones con estatuto privado, pero con recursos a veces proporcionados por el Estado y más a menudo por agencias exteriores a la región, financiamiento este último clave durante las dictaduras.

Por razones de crónica inestabilidad política de la mayoría de los países de la región, a las universidades les resultó difícil, cuando pudieron hacerlo, constituir un espacio adecuado para la reflexión y el debate, condiciones imprescindibles para el desarrollo de las ciencias sociales. A su vez, los centros e institutos regionales de carácter internacional (específicamente, CEPAL, FLACSO, CLACSO), se han caracterizado por brindar de manera relativamente estable espacios más amplios y libres. La garantía otorgada por estos organismos a la estabilidad de las ciencias sociales proviene, entre varias razones, de

su vinculación más o menos estrecha con el sistema de Naciones Unidas. También porque, aunque en algunos casos sean instituciones de carácter intergubernamental, no comprometen directamente a los gobiernos. En esa dirección, la CEPAL -particularmente durante la gestión de Raúl Prebisch- consagró una nueva forma de organización del quehacer intelectual, centrada en la aplicación de las ciencias sociales al análisis de los problemas sociales e históricos de la región, enfatizando la investigación asociada o en equipo. El intelectual aislado en la biblioteca fue desplazado por el intelectual profesional, partícipe de preocupaciones de índole colectiva. FLACSO, CLACSO y los CAI potenciaron esta forma de inserción.

Hubo, en síntesis, a modo de breve conclusión, dos vías: una, la del largo, complejo, ambiguo proceso constitutivo de un pensamiento social latinoamericano, en el que desempeñaron un papel importante diversos intelectuales, políticos, ensayistas; otra, la de la profesionalización e institucionalización de las disciplinas científico-sociales y de su práctica por personal especialmente formado y entrenado para ella.

El cuadro histórico: entre las perplejidades de la coyuntura y las angustiosas anticipaciones del futuro

Con una diferencia de poco más de diez años, dos sociólogos que trabajaron en la CEPAL coincidieron en destacar un aspecto quizás no novedoso, pero sí relevante. Así, José Medina Echavarnía (1963, p. 55) escribía: “Ha llegado el momento en que se impone

un enlace entre la historia real de las ideas, para mostrar en qué forma, paralelamente a los cambios que acontecen en la estructura social, van surgiendo variaciones de igual significado en la estructura mental”.

Posteriormente, Jorge Graciarena (1977, p. 1) comenzaba unas reflexiones sobre ciencias sociales y crisis señalando: “El desarrollo de las ciencias sociales en América Latina ha sido primordialmente una dialéctica entre ideas y procesos reales en la que aquéllas, ajustándose a éstos --y viceversa-- han arribado a síntesis nunca del todo concluyentes, muchas veces distintas y contradictorias, pero siempre aferradas a una reiterada preocupación por la marcha de la historia, por las perplejidades de la coyuntura y no menos por las angustiosas anticipaciones del futuro”.

El mismo Graciarena (1977, p. 7) expresaba más adelante que “los momentos de mayor creatividad de las ciencias sociales ocurrieron precisamente cuando su conexión con las transformaciones sociales y crisis históricas fue asumida lúcida y conscientemente”. Recordaba enseguida la relación entre la creación de las ciencias sociales y cambios de envergadura en las sociedades europeas: la economía política apareció con el nacimiento del capitalismo industrial; la ciencia política, con la formación de las sociedades nacionales y su institucionalización en los Estados nacionales; la sociología, con la crisis de consolidación de las sociedades burguesas en el siglo XIX y la constitución del proletariado urbano industrial.

El razonamiento de Graciarena vinculaba dos planos: 1), el fundacional de las ciencias sociales, un fenómeno inicialmente europeo occidental capitalista, expandido luego a escala planetaria, y 2), el de la dialéctica entre ideas y procesos reales (históricos) como motor del desarrollo de las ciencias sociales en nuestra región.

Ahora bien, éstas aparecieron en el escenario científico y/o intelectual como consecuencia de la inserción periférica o dependiente de América Latina en el sistema capitalista mundial. Es a consecuencia de ésta que nuestras sociedades se definieron en términos capitalistas, se constituyeron (más o menos bien o mal) como naciones y se institucionalizaron como Estados, no siempre ni necesariamente nacionales. En algún momento de su historia, las sociedades latinoamericanas incorporaron también algún tipo de preocupaciones características de la economía política, la ciencia de la política y la sociología, aunque no necesariamente como construcción científica rigurosa. No es por cierto casual que las primeras preocupaciones de los dirigentes de los procesos independentistas girasen en torno a la economía y a la política, es decir, atendiendo a la constitución de mercados nacionales, la ocupación de un espacio en el sistema mundial y a la organización bajo la forma de Estados.

Durante la segunda mitad del siglo XX las sociedades latinoamericanas aceleraron procesos de transformación iniciados hacia los años veinte-treinta. Esos procesos, con excepción de Cuba, se dieron en un contexto de continuidad, en muchos casos más bien

de extensión y/o profundización de relaciones capitalistas. Pero tal circunstancia, nada trivial, no diluye el aspecto nodal: fueron modificaciones que afectaron fuertemente a las clases y grupos sociales y a sus relaciones. Así, en tres décadas, entre 1950 y 1980, América Latina atravesó, expresadas sintéticamente, por las siguientes transformaciones:

1. La magnitud del incremento demográfico y en la sociedad, uno de cuyos efectos no queridos ni previsto fue el minado del acatamiento de la legalidad y las redes de cooperación y solidaridad, al tiempo que se generaron o expandieron prácticas y opiniones permisivas de las venalidades, devenidas tradición y refuerzo de la continuidad de la corrupción, dificultan la lucha contra ella.
2. El acelerado proceso de urbanización.
3. Los distintos tiempos históricos y significación de materialización de la industrialización.
4. La expansión del sector terciario moderno y, en particular, de los servicios estatales, con importantes consecuencias en el papel del Estado en la redistribución de los beneficios a través de las políticas sociales.
5. La más acelerada transformación que se recuerde de las condiciones educativas y culturales.
6. El impacto de la transformación capitalista del agro en la emigración, la distorsión de antiguas identidades culturales indígenas, la desestructuración del campesinado y la

emergencia de nuevos estratos sociales en progresiva interpenetración de las sociedades rural y urbana, otrora separadas.

7. El papel de la ideología y del Estado en cuanto a intencionalidad, frecuentemente acompañada de fuertes dosis de coacción, para modificar el tipo de sociedad. En ese campo aparece en un primer plano la acción del Estado como actor principal de modernización social y/o generación de nuevos sistemas sociales.³

Eran claramente, transformaciones significativas acaecidas en esos treinta años, pero eran menores de las que ocurrirían en las tres décadas siguientes, marcadas por la acción combinada de la informática, la robótica, la crisis de la deuda externa de la mimsa década de 1980, el final del mundo bipolar tras el derrumbe del llamado “socialismo real”, la afirmación del patrón de acumulación del capital basado en la valorización financiera, la intensificación del proceso de mundialización, la redefinición de las relaciones internacionales a partir de la instauración, por parte de Estados Unidos, de un supuesto “eje del mal” y del conexo “terrorismo”.

Durante los años 1950 a 1990, América Latina atravesó situaciones cargas de complejidad e

³ Tales eran, sintéticamente, las transformaciones más importantes ocurridas en América Latina entre 1950 y 1980, según las conclusiones de un grupo de científicos sociales y funcionarios del sistema de la Organización de las Naciones Unidas que, convocados por la Secretaría Ejecutiva de la CEPAL, deliberó en Santiago de Chile en noviembre de 1982. Véase “Tres décadas de cambios sociales en América Latina”, en Notas sobre la economía y el desarrollo en América Latina, Nro. 374, Servido de Información de la CEPAL Santiago de Chile, febrero-marzo 1983.

intensidad en todos los planos. En economía se pasó de los proyectos desarrollistas (más o menos perseguidores de vanos intentos de generar, al menos en algunos países, capitalismo autónomos) a las políticas del Consenso de Washington que, en lugar de profundizar la industrialización sustitutiva de importaciones para superar los límites estructurales a los que había llegado, propuso políticas exactamente inversas, con las conocidas secuelas negativas para los pueblos. En política se vivieron las derrotas de los movimientos revolucionarios y la instauración de dictaduras instituciones de las Fuerzas Armadas –en el límite, Estados Terroristas de Seguridad Nacional-, las que, a su vez, dieron lugar a democracias de nuevo tipo, básicamente minimalistas en cuanto a participación ciudadana en la toma de decisiones, si bien ha habido intentos –todavía no del todo cuajados- de radicalizar la democracia mediante diferentes formas directas (casos de Venezuela, Ecuador, Bolivia).

América Latina está atravesando un tiempo histórico –ya largo, de unos sesenta y cinco años, contando desde la instalación de la CEPAL- caracterizado “por las perplejidades de la coyuntura y no menos por las angustiosas anticipaciones del futuro”, constitutivo de un tiempo de inflexión de la historia de las sociedades de la región que delimita muy bien el ámbito de los temas-problemas a los que se enfrentan tanto los científicos sociales como los planificadores y los gobernantes. Un tiempo de crisis y de transformaciones societales

define, entonces, el marco que delimita el cuadro constitutivo de las ciencias sociales como actividad profesional institucionalizada en América Latina.

Tiempo –tal vez mejor, tiempos- de crisis. He ahí un punto clave. Retomo y mantengo hoy mi hipótesis de 1991: las ciencias sociales latinoamericanas no sólo se han desarrollado y desarrollan en términos teóricos, institucionales y profesionales a partir de una situación de crisis de las sociedades de la región –la de la posguerra-, sino que históricamente se han construido y construyen en esos tres términos mediante crisis sucesivas, si no permanentes. Las ciencias sociales latinoamericanas están en crisis desde que se consolidaron, a escala regional, a mediados del siglo XX. Nacieron, crecieron, se desarrollan en y por las crisis. Si las ciencias sociales latinoamericanas viven en crisis permanentes, es porque también las sociedades de la región viven en igual estado desde hace más de seis décadas. No postulo una relación causal directa, unívoca, mecánica, ni siquiera en términos de la reiterada relación en ciencia y política. Nuestras ciencias plantearon, abordaron, desarrollaron diversos y variados temas y cuestiones –algunas de las cuales le han dado singularidad a escala planetaria- relevantes en todas y cada una de las sociedades (Ansaldi, 1991, p. 66).

Invención /fundación por acción institucional

En el contexto histórico precedentemente reseñado, las ciencias sociales de la región desarrollaron un doble proceso: uno, de

afirmación en la mayoría de los países, particularmente en Argentina, Brasil, Chile, México y, en una escala algo menor, en Colombia y Perú; 2) de superación de los marcos nacionales, en la búsqueda de la definición y constitución de un espacio regional. Ambos procesos estaban interrelacionados, siendo perceptibles cambios en las formas de institucionalización de las ciencias sociales y de sus practicantes. Su inteligibilidad es necesaria para comprender la peculiaridad de una historia que se desarrolló en medio y a través de crisis, que vinculó dialécticamente ideas y procesos reales y, oscilando entre la perplejidad y la angustia (resultado de una permanente preocupación por el devenir de la historia), alcanzó conclusiones provisionarias, distintas y hasta contradictorias, y finalmente pareció acabar en el reconocimiento de la capacidad de explicar lo que está ocurriendo y de preverlo.

Una de las primeras preocupaciones de los científicos sociales de los momentos iniciales de la institucionalización y profesionalización de las ciencias sociales fue la de la formación de posgrado, una tarea básicamente privativa de las universidades. Aunque algunas de ellas comenzaron con estudios cuaternarios antes de 1950, también los mismos fueron una preocupación y tuvieron una expansión posterior a ese año.

Un disparador de la necesidad de la formación cuaternaria –al que no siempre se tiene en cuenta- fue el reconocimiento de la importancia estratégica de la innovación y de la transferencia de tecnología, tan bien destacada, por ejemplo,

en el Informe Prebisch (1970), que está asociada a la idea de desarrollo, como el propio título de trabajo lo destaca: Transformación y desarrollo. La gran tarea de América Latina.

El argumento de Prebisch en este trabajo (1970, pp. 158-159 y 161) es que hasta ese momento la región había incorporado acríticamente las técnicas provenientes de los países industrializados, un procedimiento insuficiente e inadecuado para enfrentar los problemas de ese presente y del futuro del desarrollo, incluyendo entre ellos la propia transformación de sus relaciones con dichos países. Se trataba de promover (a) la creación de tecnología, (b) la adaptación de la disponible, (c) el establecimiento de “una estructura científico-tecnológica adecuada para ambas funciones” y (d) programas educativos aptos para alentar la difusión de técnicas existentes y estimular la capacidad creadora de otras. Para ello, era necesario definir “criterios básicos para fijar prioridades en campos específicos”.

Dentro de esa línea de razonamiento, una frase resumía el clima de ideas generalizado, no sólo en el crucial campo de la tecnología, sino también en las ciencias sociales (sea en materia de enseñanza, sea en la de investigación, o en la de criterios rectores para la formación de nuevos recursos): “se necesita desenvolver la capacidad de juicio autónomo y no depender demasiado del juicio de los otros”.

Así, en relación con la capacitación universitaria se planteó la necesidad de nacionalizar la formación de posgrado. Nacionalizar en localización espacial y en su contenido.

Los científicos sociales de la década de 1960 y de la primera mitad de la siguiente pensaron, para esta tarea de “nacionalización de la formación de posgrado”, en primer lugar, en las universidades de la región (Graciarena, 1974, pp. 40-41; Fuentezalida Faivovich, 1970, p. 112), aunque rápidamente percibieron fuertes límites, en las propias estructuras universitarias, para una tarea de esa magnitud.

La tendencia a la nacionalización no fue entendida como una ruptura con los centros científicos de fuera de la región, salvo los pocos casos de tendencias confusas al respecto. En general, se postulaba intensificar los vínculos con ellos, “pero haciéndolos más maduros y ‘adultos’ que en la actualidad (...), a partir de una posición más autónoma, con mayor capacidad para detectar y seleccionar las alternativas más convenientes a los intereses nacionales” (Graciarena, 1974, p. 42; *itálicas mías*).

La prevención de Graciarena sobre la real potencialidad universitaria para resolver adecuadamente el desafío parece fundarse, en buena parte, en la crisis de las universidades, un punto sobre el cual había por entonces un generalizado consenso. La situación se percibía como más grave, no sólo por el anacronismo de la mayoría de las universidades latinoamericanas y su resistencia al cambio, sino por su alto grado de politización e ideologización, que a veces alcanzaba niveles híper, por la masificación y el predominio de la formación profesional, y muy especialmente por la tendencia de gobiernos dictatoriales o

meramente autoritarios a cercenar o limitar fuertemente la autonomía financiera y académica de las universidades.

Las constataciones negativas sobre la capacidad universitaria explican la aparición de nuevas soluciones, como la creación de las ya señaladas instituciones científico-sociales extrauniversitarias, pensadas y desarrolladas como áreas de preservación y afirmación de condiciones adecuadas para la investigación, que en algunos casos avanzaron hacia formas de posgrado, incluso con alto grado de formalización (casos de El Colegio de México y del Instituto Universitário de Pesquisas de Río de Janeiro, por ejemplo).

Otra solución que en materia de posgrado comenzó a gestarse por entonces fue la llevada adelante por los organismos pertenecientes al sistema de Naciones Unidas, particularmente concentrados en Santiago de Chile, como el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES) y el Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE). Asimismo, y muy especialmente, fue decisiva la tarea de organismos internacionales de nuevo tipo, como la intergubernamental Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y el no gubernamental Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). El primero de estos dos llevó adelante, en su sede central, en Santiago de Chile, la Escuela Latinoamericana de Sociología (ELAS), experiencia iniciada en 1957 e interrumpida por el golpe militar de 1973, y la ya citada ELACP. El segundo, además de promover y apoyar, con la colaboración de

la UNESCO, y del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), cursos cuaternarios llevados adelante en diversos centros de la región, diseñó y realizó su propio Curso Avanzado Latinoamericano de Sociología Rural, un posgrado bienal itinerante y limitado a cuatro cohortes, la primera de las cuales durante el bienio 1974-1975, lo hizo en el Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos, en Asunción. Los cursos posteriores tuvieron por sede Quito (1976-1977), San José (1978-1979) y Santo Domingo (1980-1981), representando las mismas las áreas Cono Sur, Países Andinos, Caribe y Centroamérica, respectivamente. Los y las estudiantes de cada cohorte provenían de distintos países de la región, no sólo de las áreas de las sedes. Las cuatro cohortes sumaron 91 inscriptos, de los cual 81 concluyeron sus estudios. Fue una importante contribución de CLACSO al reforzamiento de los estudios de posgrado en la región.

A modo de síntesis, destaca, en el período, la frustración de la vía universitaria como exclusiva o principal para la formación de posgrado y para la preservación y/o continuación (cuando no efectivo comienzo) de las tareas de investigación científico social. Brasil (aun bajo la dictadura), México y América Central (con el Consejo Superior Universitario Centroamericana, CSUCA, con sede en San José de Costa Rica) constituyeron casos especiales de peso y continuidad de los posgrados universitarios.

Asimismo, es pertinente recordar que el clima de los años 1960 y 1970 tenía, coexistiendo con esa preocupación por la nacionalización /

regionalización de las ciencias sociales y por la jerarquización de la enseñanza y la investigación científico social, una fuerte preocupación por cambiar radicalmente las estructuras de las sociedades, que en el límite se traducía en el abandono de la práctica científica en favor de la militancia política. De hecho, había una tensión, una dialéctica entre una y otra posición y ambas eran partes constitutivas del proceso de construcción y desarrollo de las ciencias sociales latinoamericanas.

La preocupación por generar un pensamiento propio y por formar recursos humanos en la misma región se expresó, ya he dicho, en las propuestas de posgrado de carácter regional. Fue reforzada y complementada con la apelación a pensar los problemas de América Latina con un juicio autónomo, o lo más autónomo posible. La interacción entre formación para la investigación y desarrollo de la investigación -con su consecuencia: para la acción- constituyó, entonces, el nudo problemático cuya resolución se planteó como imperiosa.

No asumo el riesgo de dejar fuera más de un nombre de inclusión necesaria, pues la nómina es larga, en el listado de los científicos y las científicas sociales que, en las diferentes disciplinas fungieron de “vanguardias académicas” de la región y cuyos tempranos y pioneros esfuerzos comenzaron a percibirse, más allá de sus propios nombres y trabajos, precisamente en las décadas de los sesenta-setenta, cuando se sumaron otros nombres. Fue notoria su participación en los campos de la Sociología, la Historiografía, la Ciencia de

la Política, la Antropología, la Demografía. Mucho más fuerte y general parece haber sido el impacto de la Economía, cuya preocupación por las cuestiones de desarrollo se tornó dominante en la agenda académica y en la de no pocos políticos y gobiernos, a partir del notable conjunto de economistas nucleados en y por la CEPAL y su criatura, el ILPES, en Santiago de Chile. En ese sentido, quizás pueda considerarse como texto fundacional el estudio preparado para la Conferencia de ésta en México, en 1951 (sobre la base de la primera versión de 1949), cuyo título es Problemas teóricos y prácticos del crecimiento económico, a juicio de Celso Furtado “la presentación más completa de lo que después llegó a conocerse como el pensamiento cepalino” (Furtado, 1987, 404).

De modo que en el principio fue la economía. No es un hecho casual: la CEPAL se creó durante la coyuntura de la segunda posguerra, dominada por los problemas del desarrollo, planteados en términos fundamentalmente económicos, no carentes de originalidad y en clave de larga duración, es decir, histórica. En efecto, la Comisión especial creada por la ONU, en 1947, para dictaminar la posibilidad de creación de la CEPAL, redactó un Informe Preliminar en el cual acuñó una ecuación destinada a incidir decisivamente en los trabajos del nuevo organismo: tornar equivalentes subdesarrollo y destrucción económica. José Medina Echavarría haría una formidable argumentación en Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico de América Latina, un libro que, cinco décadas después, sigue siendo factible de lecturas estimulantes,

Para los teóricos de la primera etapa de la CEPAL, la política eficaz para cumplir con la tarea de asegurar el desarrollo debía ser realizada por el Estado a través de la planificación. La acción del Estado era, en efecto, central en la concepción cepalina. Notablemente, esa política y esa acción fueron pensadas en términos preferentemente instrumentales, técnicos, en los cuales estaba ausente la cuestión de la democracia “como requisito político del desarrollo económico, no como principio organizativo del orden político institucional que deberá enmarcar ese proceso”, como bien señalaron Adolfo Guerrieri y Octavio Rodríguez (1987), quienes acotaban que en los cincuenta predominó la idea de que la democracia requería el previo cumplimiento del objetivo del desarrollo económico.

Ninguna reconstrucción de la historia de las ciencias sociales latinoamericanas puede prescindir del fundamental papel desempeñado por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). La primera es un organismo internacional intergubernamental, con carácter regional y autónomo. Fue creada por el sistema de Naciones Unidas en abril de 1957 con la función primordial de promover la enseñanza, la investigación y la asistencia técnica en el campo de las ciencias sociales, con la intención de contribuir al desarrollo de la identidad cultural de la región y la solución de sus principales problemas. La sede de la Secretaría General fue Santiago de Chile hasta el golpe militar de 1973, trasladándose

entonces a Buenos Aires, donde continuó hasta julio de 1979, fecha en la que una conjunción de políticas de la dictadura institucional de las Fuerzas Armadas y problemas de orden interno de la Facultad llevaron a su traslado a San José de Costa Rica. Actualmente está constituida por 18 Estados Miembros de América Latina y el Caribe, desarrollando actividades académicas en 13 de ellos.

CLACSO, a su vez, es un organismo internacional no gubernamental, con estatuto consultivo de la UNESCO, que tuvo la iniciativa para su creación, efectivizada en octubre de 1967. Se trata de una red de centros de investigación científico-social –públicos, privados, universitarios, no universitarios, independientes- reunidos institucionalmente en una instancia englobante de carácter regional, de la que forman parte sin mengua de su autonomía para la decisión y realización de sus respectivas políticas académico-institucionales. A la fecha (julio de 2014), CLACSO reúne a más de 370 centros de investigación y más de 650 programas de posgrado en Ciencias Sociales y Humanidades (maestrías y doctorados), radicados en 25 países de América Latina y el Caribe, en Estados Unidos y en Europa, según se lee en la página web oficial del organismo. También CLACSO tiene por objetivos la promoción y el desarrollo de la investigación y la enseñanza de las Ciencias Sociales, así como el fortalecimiento del intercambio y la cooperación entre instituciones e investigadores de dentro y fuera de la región. Sus diferentes

actividades han estado siempre –y siguen estándolo- centradas en el pensar crítica y pluralmente las sociedades de la región. Su sede está, desde sus inicios, en Buenos Aires.

Escapa a los límites espaciales de esta contribución analizar, aunque sea someramente, la importancia de CEPAL, FLACSO y CLACSO en la historia que nos ocupa. He hecho una primera aproximación en un texto ya viejo (Ansaldi, 1991), pero en él encuentro todavía líneas de exploración adecuadas. Sí quiero enfatizar el hecho de que las tres constituyen redes institucionales que vinculan a científicos sociales de la región. Destaco lo de redes, porque ellas son uno de los legados de los pensadores sociales de las primeras décadas del siglo XX, que se vincularon entre sí, por vía epistolar y/o por encuentros personales, con intencionalidades que iban mucho más allá de esta dimensión, un hecho que merece ser investigado cuidadosamente.

Cuatro grandes cuestiones (aquí enunciadas, pero no desarrolladas)

Se sabe y se repite que América Latina no es el continente más pobre del mundo, sino el más desigual, situación que justamente comenzó a registrarse en los años 1950, en paralelo con la institucionalización y profesionalización de las ciencias sociales. Desde entonces, no ha cesado de crecer. Explicar la desigualdad comenzó a ser tarea decisiva. De allí, la aparición de diversos intentos teóricos.

En el contexto de la guerra fría y, por ende, en

la creciente exacerbación de la lucha ideológica entre capitalismo y comunismo, surgió la teoría de la modernización, hechura de partidarios del primero. El punto de partida fue la constatación del rezago –el subdesarrollo- de las economías de los países del Tercer Mundo, en particular, las latinoamericanas, en las cuales era apreciable el fracaso de las políticas de industrialización sustitutiva de importaciones. Esa apreciación, del campo de la economía, escondía el verdadero trasfondo, del campo de la política: la presunción de que tales países podían volcarse al comunismo y su modelo de rápido desarrollo industrial.

La teoría de la modernización era una teoría dualista. Según ella, existían dos tipos de sociedades, las tradicionales y las modernas. Las primeras se caracterizaban por ser estructuralmente agrarias –por primacía de la economía rural y por mayor concentración demográfica en el campo-, socialmente estratificadas y con escasa movilidad social, fuerte componente religioso en la vida cotidiana, y lazos sociales predominantemente emotivos y afectivos. Estas características eran consideradas obstáculos para desarrollar un mercado capitalista. Las segundas, en cambio, eran industrializadas, secularizadas, con movilidad social y relaciones impersonales y neutras y mercado capitalista. Ambas sociedades eran concebidas como independientes la una de la otra, cada una con su dinámica propia, aunque vinculadas necesariamente entre sí.

La teoría de la modernización preconizaba la

necesidad de impulsar, en los países del Tercer Mundo, el pasaje de la sociedad tradicional a la moderna, de modo que alcanzasen el estadio del desarrollo económico y social, en algunas variantes de la teoría considerado condición necesaria para establecer un régimen político democrático. Para tal pasaje, las sociedades tradicionales debían modificar profundamente sus valores y sus estructuras sociales, cambios que abarcaban un arco más que amplio, desde la familia hasta el Estado.

La teoría de la modernización destacó la necesidad de la intervención central del Estado para realizar el proceso de modernización. No cualquier Estado, sino uno fuerte y estable. O, como diría, Samuel Huntington, gobiernos autocráticos.

En América Latina, la teoría de la modernización tuvo una original formulación en la Comisión Económica de América Latina (CEPAL), para la cual el subdesarrollo de la región era consecuencia de la relación centro-periferia y su superación era el desarrollo, el cual se basaba en la industrialización. Pero desarrollo e industrialización eran parte del pasaje de las sociedades tradicionales, agrarias, a las sociedades modernas. Este pasaje era la modernización, un proceso continuo de superación creciente de valores, actitudes, etc., resumido a veces en la expresión secularización, donde la otra característica era la racionalidad de los cambios y de los nuevos valores socioculturales. En Gino Germani, José Medina Echavarría y Raúl Prebisch, la modernización

era concebida como un proceso susceptible de planificación, a efectos de facilitar en tiempo y costos tal tránsito. Planificar la transición era potenciar el papel del Estado como sujeto principal del cambio social. Pero a diferencia de Huntington, ellos pensaban en gobiernos democráticos, aunque al final de su vida Germani sostenía que la democracia no era un logro específico de la modernización.

Se admitía la existencia varios modelos de sociedad industrial y de transición y la asincronía de los cambios, la cual era múltiple (geográfica, institucional, en los diferentes grupos sociales, motivacional). Una certeza campeaba en los trabajos de quienes sustentaban la teoría de la modernización: las sociedades latinoamericanas eran estructuralmente duales, es decir, coexistían en ellas elementos o sociedades “tradicionales” con las “modernas”, si bien la tendencia era a la absorción de las primeras por las segundas. No era la primera vez que en América Latina se planteaba la cuestión de la dualidad estructural de sus sociedades. En el fondo no era otra cosa que la reformulación, en clave de mediados del siglo XX, de la decimonónica contraposición “civilización” (urbana) y “barbarie” (rural).

De hecho, la noción de sociedades duales impactó fuertemente en las ciencias sociales de los años 1960, y no fueron pocos los que adhirieron a ella, a veces con matices, como en los casos del ítalo-argentino Gino Germani y el uruguayo Carlos Rama. Pero no tardaron en formularse fuertes y sólidas objeciones. La polémica se dio en diferentes terrenos disciplinarios

-economía, historiografía, sociología-, a partir de las premisas planteadas por los partidarios del dualismo. Éstos sostenían que la sociedad tradicional, agraria y estancada, se había originado en el período colonial y conservaba importantes elementos socio-culturales modelados en aquel entonces; sus cambios eran lentos y escasos y, por añadidura, impuestos desde fuera de ella por la sociedad moderna (urbana, industrializada, dinámica, progresista, en desarrollo), con la cual coexistía dentro del perímetro de cada país. Una interpretación más elaborada planteaba la cuestión en términos de sociedades duales feudal-capitalista; la primera de ellas era el locus del conservadurismo social y político, de los terratenientes, oligarcas, caudillos...; la segunda, el del progresismo de los sectores modernos, como la burguesía nacional, las clases medias y el proletariado industrial urbano. La tarea política era terminar con el feudalismo y desarrollar un capitalismo progresista, tarea que competía a los empresarios burgueses nacionales (diferenciados de los burgueses que eran expresión de los intereses del capital extranjero, a los cuales estaban aliados) o, en algunas interpretaciones tributarias de la de John J. Johnson (en *La transformación política de América Latina*), por las clases medias urbanas. En términos políticos: la solución pasaba por la revolución democrático-burguesa, propuesta que fue rechazada por quienes entendían que las sociedades latinoamericanas no eran duales, eran capitalistas dependientes y no contaban con una burguesía nacional con intereses diferenciados y términos antagónicos

con los del imperialismo; en esta hipótesis, no había posibilidad de una revolución burguesa ni de desarrollo capitalista: la solución era la revolución socialista. En lo que todos (o casi todos) coincidían era en el desarrollo más como un problema político que económico.

La teoría de la modernización no puede despegarse del fuerte predominio del estructural-funcionalismo, especialmente en el campo de la sociología. Pero ella generó, efecto no querido, formidables aportes y debates. La primera gran cuestión, ya anticipada líneas atrás, fue la del carácter de la conquista y la colonización española y lusitana –¿feudal o capitalista?-, núcleo duro de la discusión teórica, historiográfica y política. Tempranamente, en 1949 y 1952, Sergio Bagú había planteado la hipótesis del carácter capitalista de la misma, abriendo la trilla del pensamiento crítico latinoamericano, cuyas manifestaciones más altas se alcanzaron en los años 1960 y 1970. Este pensamiento crítico tenía un importante, incluso fuerte, componente marxista (tanto el de la Vulgata stalinista cuanto el no dogmático), pero no era exclusivamente marxista. De hecho, había una pluralidad de teorías y de categorías analíticas y hasta -cuando todavía no se escribía mucho acerca de ello- hibridaciones disciplinarias y teóricas.

Fueron precisamente científicos sociales críticos los que arremetieron contra las tesis dualistas, algunas de ellas contundentes y definitorias. Una deriva fue la teoría del colonialismo interno, que concebía al colonialismo como un fenómeno

tanto internacional, cuanto intranacional.

Las insuficiencias de las diversas explicaciones que sobre América Latina se formularon por entonces llevaron no sólo a la crítica de la teoría de las sociedades duales, sino que generaron crecientes esfuerzos por elaborar teorías más consistentes. La hipótesis del colonialismo interno fue una de ellas, pero fuera de algún impacto inmediato, no tuvo demasiados adeptos. El momento de viraje se produjo a mediados de los años sesenta, con el surgimiento de una nueva interpretación de la naturaleza social y política de los problemas de desarrollo de la región: los estudios de las situaciones de dependencia o, como se ha generalizado, la teoría de la dependencia, la segunda gran cuestión puesta en debate por los científicos sociales críticos. En los años ochenta y, sobre todo, noventa, la llamada crisis de los paradigmas (en particular, pero no exclusivamente, el marxista) llevó a muchos científicos sociales latinoamericanos a abandonar el estudio de sus sociedades en términos de dependencia. Se argumentó sobre las debilidades de la teoría –no sobre los méritos-, y en lugar de superarlas se ocluyó un instrumento analítico de valor notable, especialmente para dar cuenta de los profundos cambios producidos en el interior del capitalismo como economía-mundo (y de los capitalismo latinoamericanos en particular), a lo largo de los casi cincuenta años que median entre la formulación inicial de la teoría y un presente dominado por un sistema mundial de reproducción de las desigualdades. No por azar, actualmente hay intentos serios de retomar la cuestión.

Las dos primeras grandes cuestiones debatidas por los científicos sociales latinoamericanos en las décadas de 1960 y 1970 se dieron en el contexto de avance de movimientos revolucionarios, los cuales, a su vez, fueron parte de un ciclo de alza de la lucha de clases a escala planetaria. La derrota de esos movimientos, en la década de 1970, abrió cauce a otras dos grandes cuestiones: la del Estado y la de la democracia. Un célebre artículo de Norbert Lechner, a mediados de los años 1980, sintetizaba el cambio en la agenda de las ciencias sociales, *pari passu* el de la política: de la revolución a la democracia. El pasaje de una cuestión a otra fue también, en muchos casos, el del pasaje del pensamiento crítico latinoamericano, buceador de caminos propios, a la repetición o la amplificación acrítica de teorías externas. Dicho pasaje incluye la pérdida de la pretensión de explicaciones estructurales, totalizadoras, bien perceptible en la Historiografía –cuyos profesionales han renegado de la teoría y, por ende, a la pretensión de científicidad de su producción- y en la Sociología, ambas dominadas por estudios micro, con fuerte impronta positivista. Una deriva adicional fue la renuencia a pensar y tratar de explicar América Latina como una totalidad, a veces apelando a la ausencia de homogeneidad de la misma, como si la heterogeneidad fuese un obstáculo para la explicación. Otra, la de minusvalorar la incidencia de la economía para sobrevalorar la de la cultura, devenida, a veces, *deus ex machina* de toda la complejidad de las sociedades

En el caso de la Sociología se produjo -como bien ha señalado Edelberto Torres-Rivas (1990,

p. 25), con palabras que hago mías (y que mantienen vigencia pese al tiempo transcurrido)-una penetración “por la ciencia política en su forma anglosajona de government”. Desaparecieron las clases sociales, el cambio social, el desarrollo económico-social, las razones estructurales, cuestiones reemplazadas por sistemas electorales, partidos e instituciones políticas... Notable expansión disciplinaria, con correlativa fragmentación temática, igualmente notables en el caso de la Historiografía. En una y otra, ausencia de enfoques y explicaciones de carácter estructural, de análisis a escala de un país (mucho menos, como dije antes, de América Latina como un todo) y, a fortiori, de interacción entre sujetos y estructuras. Como en los buenos tiempos del estructural-funcionalismo, dominio de los estudios microsociológicos y microhistóricos, positivismo y empirismo ramplones. A muchos no les vendría mal leer o releer (según el caso) la demoledora crítica que a aquella teoría hiciera Charles Wright Mills en su todavía lozano *La imaginación sociológica*.

No digo que los estudios micro sean inservibles. Digo que si no se los consideran parte de un todo sirven para poco, en el mejor de los casos, o para nada, a menudo.

Pese a los retroceso en el pensamiento y en las ciencias sociales latinoamericanas, retroceso que no es otra cosa que el retorno a la vieja práctica del colonialismo cultural – superado considerablemente en las décadas de 1960 y 1970-, es decir, el tratar de explicar a las sociedades de la región mediante teorías elaboradas en los países desarrolladas y

traducidas al idioma vernáculo (para decirlo con viejas palabras de Sergio Bagú), vuelven a soplar vientos de renovación y búsquedas originales que no nieguen los aportes externos, pero que tampoco sean reverencias inhibitorias. No pocos estamos en esa trilla, y quienes en ella estamos convocamos a sumar esfuerzos y voluntades.

BIBLIOGRAFIA

ANSALDI, Waldo (con la colaboración de Calderón, Fernando). *La búsqueda de América Latina*, Buenos Aires, Cuadernos 1, Instituto de Investigaciones, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 1991.

BRICEÑO-LEÓN, Roberto. y SONNTAG, Heinz R. “La sociología de América Latina entre pueblo, época y desarrollo”. In: BRICEÑO-LEÓN, Roberto. y SONNTAG, Heinz R., editores, *Pueblo, época y desarrollo: la sociología de América Latina*, Caracas, Nueva Sociedad, 1998, pp. 11-26.

FUENZALIDA FAIVOVICH, Edmundo. “La dependencia de América Latina en el saber superior”. In: *Revista Paraguaya de Sociología*, núm. 18, mayo-agosto 1970.

FURTADO, Celso. “Raúl Prebisch, el gran heresiarca”. In: *Comercio Exterior*, vol. 37, núm. 5, pp. 374-382, mayo 1987.

GERMANI, Gino. *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires, Paidós, 1966.

GIORDANO, Verónica. “La sociología histórica y la sociología latinoamericana. La comparación

en nuestras ciencias sociales”. Revista de la Red Intercatedras de Historia de América Latina Contemporánea, Segunda época, nro. 1, pp. 14-29, 2014.

GRACIARENA, Jorge. Formación de postgrado en ciencias sociales en América Latina, Buenos Aires, Paidós, 1974.

GRACIARENA, Jorge. “Las ciencias sociales en una época de crisis. (Notas sobre opciones y posibilidades)”, presentado en el Seminario sobre Programas y Estudios de Posgrado en Economía y Ciencia Política, organizado por el Programa Latinoamericano de Postgrado en Ciencias Sociales de CLACSO y el Programa de Ciencias Sociales del CSUCA, San José (Costa Rica), mimeo, junio 1977.

GUERRIERI, Adolfo y RODRÍGUEZ, Octavio. “Desarrollo y democracia en el pensamiento de Raúl Prebisch”. In: Comercio Exterior, vol. 37, núm. 5, pp. 396-403, mayo 1987.

MEDINA ECHAVARRÍA, José. Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico de América Latina, Santiago, CEPAL, 1963. Hay también una edición argentina: Buenos Aires, Solar, 1964.

PREBISCH, Raúl. “Transformación y desarrollo. La gran tarea de América Latina”, Santiago, Santiago, ILPES, mimeo, 1970.

ROITMAN ROSENMAN, Marcos. Pensar América Latina. El desarrollo de la sociología

latinoamericana, Buenos Aires, CLACSO, 2008.

SONNTAG, Heinz R. Duda / Certeza / Crisis. La evolución de las ciencias sociales de América Latina, Caracas, UNESCO y Editorial Nueva Sociedad, 1988.

TORRES-RIVAS, Edelberto. “Retorno al futuro. Las Ciencias Sociales vistas de nuevo”. Nueva Sociedad, nro. 108, pp. 18-27, julio-agosto 1990.

VIALES HURTADO, Ronny J. “La sociología latinoamericana y su influencia sobre la historiografía (siglos XIX a 1980)”. In: Rezende Martins, Estevão de (dir.) y Pérez Brignoli, Héctor (co-dir.), Teoría y metodología en la Historia de América Latina, vol. IX de la Historia General de América Latina, Paris, Ediciones UNESCO y Editorial Trota, 2006, pp. 129-174.